

Reproducción

Tomo 2º, Números 31 y 32 — 10 de Julio de 1920

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Partado 230

SUMARIO

1. *La organización del pensamiento.* — EDWARD ALSWORTH ROSS.
2. *Discurso.* — JUAN BAUTISTA DUMAS
3. *De Julio Simón*
4. *Miscelánea*

Administrador:

Manuel Gutiérrez González

La Dolorosa

Imprenta Greñas



La discusión en círculo homogéneo, o sea la cooperación organizada del pensamiento, es causa de mutua incitación a mayor brillo e incandescencia: diríase de los ingenios que son entonces como brasas depositadas unas junto a otras.

Cuando el círculo no es homogéneo, la discusión es más *conflicto* que cooperación: hay desgaste inútil de energías.

La organización del pensamiento

Por Edward Hlsworth Ross

(Abreviado por E. J. R.)

Ninguna pirámide ni catedral representa la labor de tantas generaciones de artífices como la ciencia de la astronomía. El derecho civil, la filosofía india de Yogi, o cualquiera ciencia llegada a su madurez, como la física, constituye un sistema perfectamente enlazado; pero ningún cerebro aislado, ni siquiera una veintena de cerebros, puede vanagloriarse de toda la lógica que allí se encierra. El pensamiento de muchos hombres se ha asimilado en cierta manera en un todo compuesto de elementos homogéneos convenientemente ajusta-

dos, de igual modo que se ajustan los rayos de acero para formar el vano de un puente. El proceso de las ideas articuladas en tal forma es lo que puede llamarse la "organización del pensamiento."

Jamás se agota en este sistema constructivo la cooperación de las ideas. Tras el movimiento liberal de la centuria décimo-octava, tras el movimiento romántico, el de Oxford, tras el impresionismo, el realismo, el simbolismo y el anarquismo, existe una suma de ideas que ningún hombre propuso en particular. Las "escuelas" del pensamiento, de literatura o de arte, no siempre se inician con maestro y discípulos, con fundador y adeptos; comienzan a menudo con una banda de rebeldes de ideas semejantes contra lo convencional, que se estimulan e influyen recíprocamente uno sobre otro hasta que llegan a producir un credo, un estilo o una forma capaz de perdurar. El niño que existe en nosotros demanda un héroe para toda hazaña; y así exige el público que se le muestre el "padre" del movimiento en favor del obrero, de la unión industrial, de la caridad sistematizada, de la nueva ciencia penal o de la propaganda por recreaciones públicas. Con mucha verosimilitud el "progenitor" resulta siendo un grupo de mentes creadoras puestas en

contacto gradualmente y que han llegado a producir una doctrina o un sistema común.

Asimilarse la producción ajena no es lo mismo que producir. En relación con el desenvolvimiento de la sociedad disminuye la proporción de los que contribuyen a organizar el pensamiento. Nuestras jaquecas proceden a menudo del esfuerzo para apropiarnos el fruto de las ideas de los otros. El miembro de una tribu primitiva ejercía mayor influencia sobre el concepto corriente del bien y del mal que aquella de que dispone el hombre de nuestros días, a vueltas con teólogos y filósofos, para definir las barreras morales. La ley primordial brotó de las costumbres populares, pero ha llegado el tiempo en que magistrados, le-gistas y jurisconsultos se ocupan particularmente en darle forma. La poesía improvisada, cantada y bailada estrofa por estrofa en los festivales populares primitivos, acaba por convertirse en la especialidad de unos cuantos preclaros orífices de la expresión. En tiempo de Sócrates vemos que la fecunda filosofía del pensamiento abandonó las esquinas y las plazas para refugiarse en algún retraído jardín en medio de un círculo de espíritus selectos. En Atenas, dice Zimmern, "los filósofos fue-

ron los primeros que hicieron uso de jardines privados juzgándolos indispensables.”

La razón de tal concentración es muy obvia. La comunidad de pensamiento sólo se verifica entre personas de análoga mentalidad. De allí que tan pronto como aparecen en cualquier terreno hombres de conocimiento o instrucción superior, con facilidades excepcionales en materia de laboratorio, colecciones, viajes, relaciones recíprocas, o asociaciones capaces de estimular el pensamiento, los demás quedamos silenciosos contentándonos en adelante con seguir la senda que ellos han abierto. La medicina científica ha hecho imposible que las mujeres “curiosas” contribuyan con sus remedios vegetales a la ciencia terapéutica. Con el desarrollo de las estaciones agrícolas experimentales, el sagaz agricultor que posee únicamente su propia experiencia no puede ya ofrecer ninguna novedad en el arte del cultivo. Conforme se hace más técnica la labor del gobierno, verbigracia, en cuanto a sanidad, conservación y regulaciones, la charla política casera y de la tienda y de la esquina se ahoga en la conciencia de su futilidad.

En una palabra, lo mismo exactamente que nos convertimos en parásitos de los peritos que comunican nuestras casas con

alambres eléctricos y de los que ensayan nuestro alimento, así nuestra mente se convierte también en parásito de las inteligencias ilustradas que dictan leyes sobre la moral, la literatura o las ciencias. La organización del pensamiento con respecto de las nociones fundamentales se abandona a un pequeño número. Nos retiramos cada vez más entre bastidores dejando a las estrellas de la escena conducir la representación. La mayor parte somos únicamente consumidores de la producción mental de los maestros, simples pasajeros que nada influyen en la marcha del bajel, pero que, en ocasiones, pagamos los gajes de aquellos que lo gobiernan.

Nuestra pasividad creciente en materia de pensamiento coordinado no se define en igual pasividad cuando se trata de alcanzar alguna decisión. Celosamente nos aferramos a la *organización de la voluntad* ya que abandonamos la *organización del pensamiento*. El especialista no debe adueñarse de la libertad del profano. Aun cuando muchos de entre nosotros abandonamos la discusión de los principios del bien y del mal por temor de vernos arrastrados más allá de nuestra profundidad, escogemos libremente entre la ética tradicional y la nueva moralidad. Por cuanto la estructura

religiosa se eleva ahora a gran altura sobre las cabezas, el individuo normal no se siente esclavizado mentalmente sino hasta el punto que le agrada, de acuerdo con la religión que hubiere adoptado. La entrega de la labor técnica del gobierno a especialistas no substituye, como alegan algunos, el "gobierno de peritos" al "gobierno popular." La decisión de los actos de la administración pertenece aún a los ciudadanos y a sus representantes. El ingeniero de caminos del Estado, el químico de víveres, el ingeniero forestal o el patólogo representan únicamente el servidor que lleva a cabo los propósitos de la colectividad.

*

Los senderos trillados y las vías hechas son producto inconsciente de la colectividad. Hasta que la literatura y la prensa hicieron posible establecer la identidad de la producción del artista o pensador individual, la organización del pensamiento en forma estable debe haberse verificado en gran parte sin que sus autores lo advirtieran. El gran almacén del pensamiento, el *lenguaje*, tomó cuerpo por medio de un proceso que los sabios llaman *desarrollo* más bien que *producción*.

Igual cosa sucedió con los proverbios,

refranes y enigmas populares. Algunos indudablemente brotaron perfectos en ciertos momentos de inspiración; pero otros adquirieron su forma concisa y sutil tan sólo después que varios ingenios hubieron contribuído a limarlos, aguzarlos y darles causticidad. Innumerables dichos de poco "efecto" fracasaron cayendo en el olvido; y así los que se conservan y transmiten de generación en generación son aquellos que encontraron eco en la mente popular.

Los antiguos mitos, cuentos de hadas, baladas, leyendas y tradiciones no deben mirarse tampoco como obra de un sólo artista, como los poemas y dramas modernos.

Gracias a las investigaciones literarias no miramos ya en los cantos épicos la creación de un solo genio sino una colección armónica del conjunto de cantares acumulados durante largo tiempo.

Cuando la gente se entrega a la lectura, pierde la habilidad y el aplomo de improvisar; la poesía popular muere, y el artista individual ocupa el centro del escenario. Así se crea una especie de parasitismo llegando al fin el pueblo a convertirse en consumidor pasivo de literatura mientras la producción se reduce a uno entre diez mil, al literato creador.

Si la metafísica, la ética o la filosofía carecen de coordinación, ello depende de que sistemas rivales se dividen el campo, teniendo cada uno, sin embargo, su estructura lógica. Casi todas las obras maestras de literatura, por el contrario, afectan en ciertos períodos rasgos característicos comunes, como si los escritores se hubieran observado mutuamente.

Una de las razones principales es la dependencia del genio creador con respecto de otros genios vivos o muertos. Pocas inteligencias se impregnan del arte literario antes de haberse fecundado por el contacto íntimo con lo mejor que se haya escrito o cantado. A esto se refería Herder cuando hablaba de *die Kette der Bildung*. Taine exhorta al artista novel: "Por grande que sea vuestro corazón y vuestro espíritu, llenadlo con las ideas y sentimientos de vuestro siglo, y el proceso artístico se realizará." Al explicar a un autor, concede gran importancia al *momento*, es decir, a la dirección que se imprimía al arte en aquella época.

Otra influencia organizadora es el *público*, que actúa como tamiz, dejando pasar ciertas producciones del talento mientras otras van al montón de desechos. Siendo imposible a los pensadores dar a la ética o

a las leyes inclinación que provocara choques continuos con el sentimiento moral del pueblo y encontrándose impotentes los poetas y artistas para violar el gusto popular, el público estéril viene a ser, después de todo, una especie de socio pasivo en la cultura de la época. El público, sin embargo, tiene poco que hacer con la naciente estructura de la ciencia. Diversamente de la jurisprudencia o de la literatura que necesitan amoldarse a la gente, la ciencia ha de conformarse con la realidad. Su línea de progreso está marcada por su propio canon de veracidad, no por el favor popular. Música que no agradara al público, literatura que no se leyera o moral que no obtuviera sanción, difícilmente podría presumirse que existiera; mientras la ciencia, aun cuando no sea comprendida por la generalidad, puede ser útil bajo formas innumerables.

*

Mr. Wallas, que ha ilustrado mejor que nadie la organización del pensamiento, dice, refiriéndose a la forma primitiva de colaboración:

“La forma más antigua y más sencilla de organización del pensamiento es aquella constituida por un pequeño grupo, dos personas, hasta siete u ocho quizá, que se

reúnen con el propósito de sustentar discusión oral. Esta forma puede estudiarse en su más bello desenvolvimiento en los diálogos de Platón. Era sumamente difícil, como lo comprobaron los griegos. A primera vista podría creerse condición principal de éxito que la reunión fuera lo menos "organizada" posible, que el grupo se reuniera por incidencia y que cada miembro obedeciera libremente a su propio impulso, ya para hablar o para continuar en silencio. Pero examen más cuidadoso ha demostrado que para la eficacia del argumento sustentado, aun dentro del grupo más íntimo de amigos, se requiere no solamente que cada uno domine los matices más delicados del lenguaje y que todos estén habituados a usar frases análogas para expresar su pensamiento, sino además que todos los miembros de la agrupación posean un gran caudal de conocimientos en común, que cada uno esté al tanto de las cualidades y debilidades peculiares de los otros y, sobre todo, que cada uno se gobierne por igual deseo de perseguir la verdad "hasta dondequiera que el argumento pueda arrastrar." Todo esto demanda que el grupo se forme no ya de hombres de facultades mediocres que casualmente hubieran llegado a encontrarse en contacto, sino

de personalidades escogidas—como seleccionaba Sócrates a sus discípulos, por ejemplo—de manera que aun la de inferior mentalidad posea un conjunto extraordinario de inteligencia natural, de estudio cultivado y de interés en el razonamiento. Y por regla general no es posible obtener la disciplina y concentración necesarias, a menos que alguno de los que constituyen la agrupación sea aceptado como caudillo por los demás y no abuse de esta posición.” (I)

Atribuye Mr. Wallas la negligencia en dialéctica que caracteriza nuestra época a la dificultad que encuentran nuestros filósofos del día para reunirse a menudo, a la necesidad de ganar tiempo, al papel que representa la prensa en la circulación de las ideas y al hecho de que el moderno hombre de ciencia da forma a sus ideas mientras observa de cerca lo concreto en el laboratorio o sobre el terreno. Insiste sin embargo, en que confiamos demasiado en lecturas y meditaciones aisladas y en que, tratándose de asuntos que se relacionan con actos o sentimientos de la humanidad, la dialéctica oral “tiene magnífica ocasión de fertilizar.” Una de sus ventajas

(1) *The Great Society*, págs 242—243

es "la gran extensión que abraza la asociación mental inmediata." El pensador solitario, a vueltas con un problema, "aguarda que alguna idea feliz se presente a su imaginación y entonces la profundiza hasta que de allí broten otras nuevas." Pero si todo un grupo dedica su atención al mismo problema, la espera es más corta y cada cual obtiene el beneficio de la inspiración que pueda acudir a cualquiera de los demás.

Aparte de esto, hay inteligencias que se templan mejor al contacto de sus ideas con las de personas de igual mentalidad. Las condiciones que elevan hasta la producción varían en gran manera según los individuos. En otro tiempo buscaban los intelectuales la celda monacal; hoy se atrincheran contra toda distracción en algún silencioso estudio bañado por el sol en lo alto de un edificio. Hay otros a quienes visita la inspiración en la obscuridad o en la luz artificial. El orador nato, por el contrario, jamás se siente tan inspirado como cuando se halla frente a "un mar de rostros". Algunas personas conciben mejor sus ideas en un tren expreso, en tanto que cierto eminente matemático a quien conozco llamaba sus problemas más arduos a la ópera, donde las

luces y la emoción excitaban extraordinariamente sus facultades intelectuales. Por mi parte, jamás he sentido mi mente tan libre y despejada como en las bulliciosas y apiñadas calles de alguna ciudad extranjera donde a nadie conocía ni sabía una sola palabra del idioma.

Indudablemente la soledad es necesaria para producir y armonizar las ideas; pero en general la mente se aclara y salva mejor los obstáculos en la discusión con espíritus elevados que alcanzan análogo nivel intelectual, están animados del mismo interés, prestan igual valor al significado de las palabras y reconocen iguales reglas para el raciocinio. El esfuerzo apreciable de cada uno sugiere a los demás esfuerzo semejante. El concurso despierta el espíritu de emulación, y el evidente placer de los compañeros en la caza de ideas sirve de poderoso aguijón.

Esta dialéctica es rara, sin embargo, porque envuelve técnica de pocos conocida o que, aun conociéndola, pocos se dan el trabajo de observar. Aparte de ciertos peligros fácilmente apreciables, como falta de verdadera simpatía mental entre los asociados, uso de términos en distinto sentido, negligencia en definir conclusiones, errores por carencia de dirección, vemos tam-

bién discusiones interminables que a nada conducen porque en realidad no ha habido cooperación. Uno se felicita de la oportunidad de airear sus prejuicios. Al de más allá le agrada oirse hablar. El replicante se imagina estar en un torneo; mientras otro no sabe una palabra del asunto, pero despliega, sin embargo, toda su versatili-
dad. Si alguno de los miembros carece de respeto por los demás, de buena educación o de un amor por la verdad superior al amor propio, la discusión se convierte en fuegos de artificio, en juego de palabras o en monólogo.

La discusión escrita o impresa elimina el factor personal, figura, voz, ademanes, etc., que en la discusión oral resulta a menudo un escollo para el razonamiento concertado. De otro lado, no excita tanto la imaginación, de manera que los contrincantes pueden quizá echar de menos contienda más reñida. Los sofismas, la poca sinceridad y la pretensión no se desenmascaran tan pronto como en los discursos orales.

¡Cuánto ha desmerecido en la opinión la discusión sistematizada como instrumento para descubrir la verdad! Recordad el intenso interés que despertaban los debates teológicos y metafísicos en la Alejandría cristiana, en Antioquía y en Bizancio! En

la Edad Media gozaba de gran favor, y solo cuando estuvo muy avanzada la era moderna, expresó Sir Henry Wotton su opinión de que "la comezón de disputar forma la costra de las religiones." Alguna vez pensaron los hombres de ciencia que no había hazaña más agradable para el novel doctor en filosofía que sentar una proposición y sostenerla contra todos los replicantes. Hace algunos años que encontré en la universidad de Berlín a un joven que había obtenido el doctorado por sostener su "tesis" contra tres amigos, cada uno de los cuales la atacaba en discurso preparado de antemano por el propio candidato, y quienes se rindieron con gentileza después que sus objeciones fueron victoriosamente rebatidas.

El que consideremos ahora la discusión como *conflicto* más que como cooperación, por el desgaste que todo esfuerzo antagónico representa, se debe indudablemente a los triunfos de la ciencia. Los estudiantes de la naturaleza han progresado tan maravillosamente, no porque desarrollaran mayor agudeza de ingenio que los escolásticos medievales, sino porque se dedicaron a la observación, los experimentos, la historia y la medición. Su técnica para investigar lo concreto es aplicable asimismo a los pro-

blemas del pensamiento, del gobierno y de la sociedad, en forma que cada año se la ve dedicar a nuevos campos de investigación. Los estudios de investigación dejan ciertamente terreno abierto para palenque; pero estamos ahora en el caso de apreciar que el conocimiento pleno de los hechos más relevantes es requisito indispensable para toda discusión provechosa. Justamente porque carecían del resultado de investigaciones imparciales y bien dirigidas no avanzaron mucho los atletas intelectuales de la Edad Media con sus debates y polémicas.

¡Cuánto tiempo se dedica a presentar el resultado de los estudios y cuán poco a la discusión cuando se reúnen los hombres de ciencia! Cualquiera diferencia de opinión que sobrevenga acerca de la correcta interpretación de aquellos resultados, se aplica inmediatamente a alguna solución de continuidad o ambigüedad en las fechas, que podría removerse al punto asegurándose de ciertos hechos que aún no se han sacado a luz. En lugar de pasar sobre el asunto a la ligera sin llegar a ninguna conclusión, la discusión muestra el camino para arribar a lo concreto. Si la genealogía y los libros de ganadería dejan alguna duda a los estudiantes sobre las leyes de herencia, inventan experimentos de cruzamientos de raza

que definan la cuestión en una u otra forma. Si los geólogos difieren en cuanto al número de los períodos glaciales, en vez de disputar, se reparten para estudiar de nuevo los residuos del fondo de los ventisqueros. Si discuten los sociólogos acerca de si el número menor de nacimientos significa disminución de la fecundidad o simple limitación de la familia, alguno decide el punto inmediatamente por medio de un cuestionario que procura informes confidenciales de algunos centenares de parejas de cónyuges. La amplificación continua de las estadísticas de gobierno, atestigua la demanda de datos adecuados para sentar las bases de discusión provechosa acerca de la administración y las leyes propuestas.

¿Y qué diremos de las discusiones forenses como medio de organizar el pensamiento del cuerpo de jurisprudencia acerca de los juicios?

A despecho del brillante testimonio de los abogados, va extendiéndose la duda sobre el valor, venerado en otro tiempo, del proceso contencioso de las salas. El personaje más importante, el juez, queda reducido a un simple árbitro. De allí la demanda creciente de que se aumente su autoridad, ya que no hasta el punto que alcanza la de los jueces continentales, tan-

to siquiera por lo menos como la de los jueces ingleses. Los químicos, médicos y alienistas testifican más día a día *para la corte* que para cualquiera de las partes, y algunos de nuestros tribunales mantienen su personal propio de peritos. En los tribunales juveniles el método de averiguar la verdad y llegar al dictamen se asemeja al de las clínicas. Ante los grandes cuerpos administrativos creados últimamente en ciertos estados—comisiones de utilidad pública, comisiones industriales, etc—un proceso simple, directo, inspirado en la ciencia, deja poco campo para la lucha entre los abogados opositores. Si se trata del nivel de un cruce o de la ventilación de una factoría, en vez de escuchar discursos de los abogados, envían las comisiones sus agentes de confianza para estudiar la posición del terreno o analizar el aire de la factoría. Parece probable que el método de laboratorio triunfará también sobre los métodos del foro en asuntos de adjudicación.

Hay, en consecuencia, una buena razón para que las asambleas de representantes por elección popular hayan perdido su prestigio por todas partes, prestando el pueblo mayor atención a los intelectuales alejados de la vida pública—rectores de universidades, inventores, letrados, filán-

tropos y jefes industriales—y dedicándola en cambio, menor cada día a los oradores parlamentarios. Debido al clamor de las comunidades interesadas en tener cada una sus representantes propios en la legislatura, el cuerpo de jurisprudencia es tan numeroso que sólo por cortesía puede llamársele “deliberativo.” Existe con el objeto de “hacer constar su voluntad,” y esta función lo hace mayor de lo que debería ser cualquier otro grupo. Incluye demasiados elementos inertes o que se agregan a la hinchada corriente de la discusión con discursos altisonantes en obsequio a los camaradas del lugar. Aun los pensadores se malean. Ante la numerosa asamblea lanzan fogosas arengas tan poco relacionadas con los puntos en discusión, que los opositores corren cada uno por su lado como locomotoras lanzadas en líneas paralelas. Déjanse ir a la oratoria, enemiga de la lógica, y al debate parcial, enemigo de la moderación. Desaparece la sinceridad, porque es más difícil ceder o aceptar censura ante centenares que ante decenas de personas. De allí proviene que las cámaras se limiten a la resolución final, en tanto que el forjar de las leyes se lleva a cabo solamente en pequeños comités de una docena de miembros a lo sumo.

La proposición aparentemente democrática de que celebren los comités reuniones públicas, equivale a arrojar la discusión abierta y fructuosa de su último refugio en los capitolios. La esterilidad relativa del debate en traje de etiqueta se debe principalmente a que los participantes lo enderezan no a sus compañeros sino al público de fuera, menos ilustrado en la materia. En lugar de discursos sinceros de hombre a hombre, encontramos artificio y lucha de intrigas en favor de los partidos. La publicidad introduciría análoga falta de sinceridad en las discusiones de los comités, obligando a la mayor parte de los representantes a tratar los asuntos en privado de antemano, con el objeto de aclarar sus ideas antes de que se levante el telón.

Los grupos encargados de meditar los proyectos de corporaciones industriales, colegios, obras de beneficencia, asociaciones y clubs son reducidos generalmente, incluyendo rara vez más de una veintena de miembros. Este número no es muy grande y, sin embargo, es un problema conseguir que todos los que lo componen conserven su mente en tensión. Mr. Wallas declara a este respecto:

“Por mi parte, he asistido quizás a tres mil reuniones de comités municipales de

diferente número y con objetos diversos, durante los últimos veinticinco años, y estoy seguro de que la mitad por lo menos de los hombres y mujeres que las componían se hallaban perfectamente inconscientes de que aquello requería cierto esfuerzo mental de su parte. Asistían con el mismo espíritu con que muchos van a la iglesia, es decir, con un sentimiento vago de cumplir con su deber y de que algo bueno había de resultar de allí. Sólo por incidencia se interesaban en el asunto. La otra mitad de la asamblea, quizá las dos terceras partes, traía a dilucidar una o dos materias y dejaba deslizarse el resto con entera indiferencia, a menos que alguna frase de la discusión provocara alguna interrupción de su parte, más o menos vacía." (1)

Esta clase de gente es propensa a seguir el impulso de los caracteres dominantes que ahorren trabajo y desgaste a su cerebro. No ha mucho que las juntas directivas de ciertas grandes corporaciones norteamericanas habían abdicado a tal punto el ejercicio de sus funciones mentales, que los gerentes, bajo cuya responsabilidad se encontraban los intereses de millares de accionistas, decidían en diez minutos mocio-

(1) *The Great Society*, pág. 276.

nes que representaban diez millones de dólares. La arrogante palabra de orden, "Primero el voto, y la discusión después", muestra hasta qué punto consideraba el magnate a la junta como su sello particular. La Interstate Commerce Commission de Nueva York, y la New Haven & Hartford Railroad Company dicen:

"Hay muchos ejemplos en que se comprueba que ciertos directores votaron sin conocimiento del asunto y aprobaron sin informes el gasto de muchos millones. . . . Aprobaron simplemente lo que se había decidido por algún comité o algunos oficiales de la compañía. Las minutas de los directores revelan que la junta funcionaba en gran parte como cuerpo de ratificación."

El daño y la ruina que siguieron al despertar de tal dictadura financiera demuestran la barbaridad de depender del criterio individual en negocios vastos y complicados en vez de confiar en el pensamiento concertado.

Un hábil director puede hacer mucho para sacudir la apatía intelectual de que se queja Mr. Wallas. Con un golpe aquí y otro allá, un hombre dotado de talento puede manejar su negocio en conexión con personas y circunstancias capaces de despertar el interés. Usando de fingido desdén o

criticando las buenas ideas expresadas puede irritar a los miembros inertes y provocar su atención. O puede también lanzar una ojeada oportuna, una pregunta o alusión personal que sacuda la mente perezosa hasta el raciocinio consciente. El hecho es que la psicología de las deliberaciones de los pequeños grupos jamás se ha estudiado con propiedad.

Gracias a la creciente confianza en la vasta organización impersonal que se desarrolla sobre nuestras cabezas, la lectura ocupa el lugar de la palabra como fuente de ideas. La supervisión en fábricas y talleres elimina la discusión oral durante las horas de trabajo de los obreros, en tanto que el hábito de leer la restringe en las horas desocupadas. Casi toda la mentalidad ciudadana se alimenta con los periódicos como los gusanos de seda se alimentan con las hojas de morera. La hoja diaria estampa impresiones, ideas y creencias en la conciencia de la multitud, exactamente de igual manera que el cilindro de la prensa imprime indefinidamente las mismas cosas sobre millas de papel blanco.

¡Bienvenida, por consiguiente, la pedagogía moderna, que estimula la actividad individual del alumno acostumbrándolo al debate y al cambio oral de ideas! Más se-

ductora aún es la propagación de los "centros sociales" donde se reúnen los vecinos para considerar los problemas comunales que conocen más a fondo. En tanto que ciertos asuntos públicos se colocan fuera del alcance de la discusión popular en manos de los especialistas, muchos problemas personales y de familia van convirtiéndose en alguna forma en dominio de la comunidad y necesitan debatirse en las reuniones de la vecindad.

*

En cuanto a las investigaciones científicas, la cooperación intelectual es muy antigua y ha alcanzado admirable desenvolvimiento. La Academia de Platón, que legó a sus adherentes un jardín amurallado y sus dependencias en la plaza de Atenas que lleva el nombre del héroe griego Hecademo, se convirtió en modelo de todas las universidades y agrupaciones científicas, exactamente lo mismo que el famoso Museo de Alejandría dió su nombre a todas nuestras colecciones de artefactos científicos. Según las palabras de Cicerón, "¡De esta academia proceden, como de un verdadero almacén de todas las artes, los matemáticos, poetas, músicos y hasta los médicos!"

En la gran institución para trabajos de investigación, sostenida en Alejandría por los Tolomeos, hizo el Estado su primera aparición como promotor de las ciencias y de las artes. La brillante contribución de la escuela alejandrina no se debe por completo, sin embargo, a las facilidades de observatorio, biblioteca, casa de disección, laboratorios y colecciones, ni siquiera al talento de eruditos fecundos. En el Museo, como en las universidades modernas, se reunían astrónomos, geógrafos, matemáticos, físicos, naturalistas e historiadores que, además de estudiar y meditar, se incitaban mutuamente, por medio de conversaciones y debates, a mayor brillo e incandescencia, como brasas depositadas una junto a otra.

Las centurias décimosexta y décimoctava presenciaron el establecimiento de varias academias de investigación, cuyos miembros examinaban y criticaban sus propios trabajos para averiguar y decidir aquel que merecía los honores de la publicación. Italia estuvo a la cabeza en la formación de tales agrupaciones, de las cuales fué la más famosa la academia *dei Lincei* que contó entre sus primeros socios al gran campeón inglés del método de inducción, Lord Bacon. La Academia de Ciencias de París, establecida en 1666, tiene los

anales más brillantes a causa de las expediciones científicas que ha organizado, la protección otorgada a las proficuas empresas de investigación y la coordinación de sus trabajos. El Instituto Francés, formado poco tiempo después de la Revolución, ha hecho indudablemente más que cualquier otro cuerpo independiente para concentrar inteligencias selectas sobre los problemas de la pura ciencia.

Hace tres siglos que Lord Bacon en su *New Atlantis* imaginó una gran institución para investigaciones científicas y artísticas que llamó "Solomon's House (La casa de Salomón)" y para la cual trazó una división acabada de labor intelectual. Además de varios grupos de experimentadores creaba tres especiales, llamados poéticamente "Faros", quienes después de examinar la labor de los experimentadores "cuidarían de encaminarlos a nuevos y más brillantes experimentos que penetraran más íntimamente en el alma de la naturaleza." Luégo, aparte de los que "estudiaban los experimentos dirigidos en tal forma y daban cuenta de los resultados," había otros tres conocidos por "Intérpretes de la Naturaleza," los cuales tenían a cargo "elevar por medio de ensayos los primeros descubrimientos hasta mayores

observaciones, aforismos y axiomas." Esta profesia se realizó hasta cierto punto con la institución de la sociedad Real de la Gran Bretaña en 1662, que influyó sobre manera en la vasta colaboración de los hombres de ciencia para la Enciclopedia Francesa del siglo décimooctavo.

En la ciencia moderna se pronuncia la tendencia a cooperación más amplia y más firme. Algunas sociedades científicas han iniciado empresas que requieren por lo menos una centuria para alcanzar su complejión. El estudio de acontecimientos naturales que se repiten con largos intervalos, como terremotos y períodos de manchas solares, o el de los procesos lentos, como movimiento de las estrellas, alteraciones climatológicas, levantamientos o depresiones del terreno y evolución de los organismos, exigiría volúmenes y un esfuerzo continuado que sobrepasa en mucho el poder de acción y el tiempo de vida del investigador. Existe además una asociación internacional de academias que ha contribuído mucho en todo el mundo a procurar la cooperación en los estudios solares y en la anatomía del cerebro humano.

Indudablemente que la labor cooperativa tiene mayor éxito en el sentido de procurar informes que en el de descubrir nue-

vas verdades. La historia de la ciencia demuestra que las ideas luminosas y benéficas que encierran la semilla de posterior desenvolvimiento brotan en la mente del pensador o investigador solitario. Recuerda los versos de Wordsworth sobre la estatua de Isaac Newton en Cambridge:

Marmórea muestra de una mente siempre errando solitaria
Por los extraños campos del pensamiento.

Es cierto, sin embargo, que aquel que arranca nuevos secretos a la esfinge debe observar dondequiera la producción de sus colaboradores y mantenerse en contacto íntimo y constante con los nuevos descubrimientos realizados en su esfera por las mentes creadoras de todo el mundo. Estrechamente enlazados por medio de sus sociedades y publicaciones especiales, los investigadores del mismo problema en sus diversos aspectos forman, como si dijéramos, una banda de buscadores de oro ahondando en lugares circunvecinos para descubrir el ansiado tesoro.

En tanto que pueden unirse muchas fuerzas para ensayar un grupo de alcaloides, para investigar la radioactividad o para llevar a cabo algún gran experimento acerca de las leyes hereditarias, no sucede lo mismo en las esferas del arte. Jamás la obra de

arte lleva el nombre de una agrupación. Generalmente un libro, un poema, una pieza dramática, un cuadro, una escultura o una canción es la obra de un solo individuo. Y, sin embargo, existe en el arte cierto desenvolvimiento de organización desconocido en la ciencia, esto es, la profesión de *crítico*.

Siendo los hombres de ciencia los mejores críticos de la producción científica, no existe en este campo aquella tendencia para que la producción y la valuación correspondan a diferentes grupos. En el arte y la literatura tenemos una función diversa, la del *crítico*, desempeñada por hombres que no son necesariamente poetas, dramaturgos, compositores, pintores ni escultores. A la verdad, rara vez el crítico es creador; y así, los espíritus creadores, sintiendo interponerse al crítico entre ellos y el público, exclaman con sorna: "El que puede, produce; el que no puede, critica." Sin embargo, en vista del clamor inmenso por atención, el público se ve obligado a elegir lo que ha de leer, escuchar o mirar y, sin los críticos, se hallaría a merced del que más grite o del que más se haga "avisar." Los críticos que "saben lo que les gusta" tienen naturalmente menos influencia en las decisiones del público que aquellos que saben *por qué*

les gusta o les disgusta una obra, y pueden aducir razones convincentes.

La producción del investigador no arroja el guantelete a los críticos profesionales, porque no está obligada para llenar su misión a suscitar la atención del público. Un descubrimiento acerca de las bacterias o de los fermentos puede ser benéfico a la humanidad aunque llegue solamente a oídos de los médicos y oficiales de salubridad. La verdad es útil en cualquier esfera y no ha de temerla, en consecuencia, aquél a quien va a reportar beneficio. Las obras de arte, por el contrario, necesitan influir sobre nosotros directamente. Un poema o un cuadro no representa el medio de alcanzar algo nuevo, pero impresiona inmediatamente al espíritu humano. La rivalidad inevitable entre los artistas para conseguir el favor del público es lo que ha dado vida a los críticos profesionales de la literatura, el arte, la música y el drama.

EDWARD ALSWORTH ROSS: n. en Virden, Illinois, diciembre 12 de 1866; profesor de sociología sucesivamente en varias universidades, y en la Universidad Wisconsin desde 1906; conferencista y escritor sobre asuntos sociológicos e históricos.

De Inter-América

Discurso de Juan Bautista Dumas,

en el acto de recepción de Taíne en la Academia francesa

(Concluye)

¡Cuán pronto esos buenos sentimientos se harían universales si los que están encargados de la dirección de las almas y de los negocios públicos, al hacer valer su autoridad, fueran tan imparciales como vos que nos dais el ejemplo! Severo sois con el clero, la nobleza y los que, sin ser de éstos, apoyaban el trono en el siglo diez y ocho, por su notorio desfallecimiento en la crisis por la que tuvieron que pasar; pero no por eso dejáis de proclamar que, si nuestros antepasados salvaron la civilización cuando cayó el Imperio romano, si lograron que nuestras provincias no se barbarizaran después de la muerte de Carlomagno, si constituyeron una Francia compacta que, por la seguridad de su administración, la grandeza de sus armas, el brillo de su genio literario, la suavidad de sus costumbres, fué la más adelantada entre todas las naciones, la patria tiene que agradecer al clero, a la nobleza feudal y a la monarquía todos estos beneficios; así como debemos

honrar al estado llano por haber establecido el régimen definitivo de igualdad política y civil de que gozamos hoy.

Sin reticencias nos dais a conocer los beneficios, y en las condiciones inherentes a la naturaleza humana halláis una excusa para las faltas. Anudáis el hilo de la tradición para que consideremos el estado de la Francia actual, no como producto de una generación espontánea, sino como resultado de un trabajo lento de evolución, que subsiste há más de quince siglos, en que cada una de las categorías de la Nación se ha comprometido a su vez necesariamente, y que merece nuestro respeto, según vos, por el empleo patriótico de sus fuerzas, al paso que por el abuso egoísta que de ellas hizo debe resignarse y solicitar nuestra indulgencia.

Dando primero la parte que les corresponde a los dogmas políticos de Rousseau, pasáis luégo a acusar la falsa filosofía que en su tiempo descarrió a la nobleza, a la magistratura, a los adinerados y al común de los ciudadanos, por haber sido la causa, cuando vino a ponerse en práctica, de la revolución social de los campos. Tratáis también (tal vez es un preludio de una obra que aún no está acabada) de caracterizar de un modo nuevo el papel que

desempeñó la ciencia en ese gran cataclismo, en el cual perecieron la autoridad y las creencias, y no quedó en pie sino el noble y ardiente patriotismo, que más luego vino a ser el salvador de Francia.

Tenéis razón. Los derechos del hombre, sus deberes para consigo mismo, su familia y el Estado, dimanán directamente de la teoría de la Creación. Siempre hay un creador, llámese Acaso o Sabiduría; pero el que lo atribuye todo a la casualidad no reconoce más derechos que los del fuerte, ni más deberes que los del débil; cuando, por el contrario, la existencia de un plan supone una justicia eterna que el hombre débil puede invocar y que el poderoso debe temer. (1) Por estas consideraciones, M. Thiers, después de haber estudiado profundamente la historia de los pueblos y manejado todos los resortes que sirven para dirigir a los hombres, se resolvió, al finalizar su larga carrera, a venir a nuestros laboratorios a pedir a los que tratan de conocer la naturaleza y tienen un concepto de lo que es el Universo, una solución que constantemente le rehusaron sus conocimientos en política

(1)  No digamos "teoría de la Creación". Subrayemos el concepto capital:

La existencia de un plan supone una verdad indiscutible, una justicia eterna que el hombre débil puede invocar y que el poderoso debe temer.

y lo que sabía del progreso de la civilización. Se engañaron los que no vieron en los nuevos trabajos a que se dedicaba este hombre de Estado sino distracciones inocentes de un espíritu fatigado de las luchas de la vida pública. Como espiritualista, M. Thiers interrogaba a la ciencia humana, así como M. Guizot, como cristiano, inclinó la cabeza ante la revelación divina. Ambos sabían que las grandes crisis históricas, las únicas que tienen duración porque tienen por fundamento no los triunfos de la fuerza sino la conquista de las almas, se refieren siempre a un cambio de plan en cuanto al modo como ve la humanidad el origen del mundo y su propio origen.

Considerable fué la parte que tomó la filosofía de la naturaleza en los acontecimientos del último siglo. No fué, con todo, entonces cuando por primera vez en su nombre se combatieron las tradiciones y no fué entonces tampoco cuando por primera vez el tiempo se encargó de despertar en los hombres el sentimiento que nos induce a amar la verdad. Las escuelas griegas creían saber las causas de todas las cosas; dábanse por intérpretes de la creación los poetas romanos; Diderot y sus émulos pretendían ser dueños

del Universo. Demuestran los descubrimientos científicos que se han hecho en este siglo que sólo la ignorancia puede decir que ya nos ha sido revelado íntegramente el Libro de la Sabiduría. Nos son aún desconocidas la fuente y la esencia de la vida. No sabemos de qué modo (en realidad misterioso) el cuerpo, por un lázo que nadie ha definido, se une al espíritu para formar la personalidad humana. No tenemos razón ninguna para decir que el hombre es un sér abstracto, echar en olvido su historia y entregar el manejo del eje moral del mundo a una ciencia vanidosa, no autorizada para llenar tan alto puesto por los progresos que ha hecho.

Es verdad que como conquistadores, somos dueños de la tierra, que sabemos el curso de los planetas, que a nuestros cálculos hemos sometido la mecánica celeste, comprobado la naturaleza de las estrellas por en medio de las oscuridades de las nebulosas, y que, en fin, hemos regulado el vago curso de los cometas; pero tenemos, además de esto, astroscuya luz tarda siglos enteros en llegar hasta nosotros, y otros hay cuya luz se extingue en el camino, y más allá de éstos, siempre más y más lejos, brillan en firmamentos desconocidos al nuestro, soles ocul-

tos a nuestras miradas, y mundos innumerables que no conoceremos jamás. Después de dos mil años de esfuerzos, si hemos llegado al fin de las extremidades de nuestro universo, que no es sino un punto en el inmeso espacio, nos hemos detenido mudos y llenos de espanto a los umbrales del infinito, del cual no sabemos nada.

La naturaleza del hombre, escribía d'Alembert en el auge de su fama, su existencia presente y futura, son misterios impenetrables, tanto para los genios más grandes como para todos los demás humanos; "bien poca cosa sabemos," decía Laplace en su lecho de muerte, y estas fueron las últimas palabras del ilustre rival de Newton. No extrañéis, señor, que esas sean también las mías en asuntos tan graves, y que os deje el cuidado de darles todo su valor cuando las pongáis en relación con el estado social y político de nuestra patria; así coronaréis una obra desde hoy grandemente favorecida por estar abonada por vuestros triunfos anteriores.

Después de haber felicitado a la Academia, a la que venís a vigorar con vuestra presencia, y a vos mismo que al sentaros entre vuestros pares estaréis con hermanos, separados algunos por opiniones o

recuerdos, pero todos de acuerdo en defender el buen gusto y respetar los talentos, os doy gracias en nombre de ellos por las nobles palabras que consagrateis a describir la vida del historiador escrupuloso a quien habéis sido llamado a suceder.

• Cuando hablasteis de vuestro predecesor, nuestro digno y lamentado cofrade M. Lemonie, no pudisteis menos de tratar del asunto que en estos momentos llama toda vuestra atención: la historia de la Revolución francesa. *Beaumarchais et son temps* y *Les Mirabeau*, son dos obras que unirán perpetuamente la memoria de su autor a la de esos dos personajes extraordinarios, de los cuales el uno, por el abuso que hizo de su talento, escribió en cierto modo el preludio de la transformación política de nuestra patria, y el otro, a pesar de su genio, fué impotente para detenerla en la pendiente a que él la había impulsado.

Los escritos fáciles de *Un Homme de Rien*, de pinceladas tan leales y precisas, son una prueba de lo mucho que gustaba M. Lemonie de detenerse a pintar aquellos modelos que le era permitido alabar, y aun admirar; pero esos escritos no nos revelan que él hubiera

de escoger más tarde como obras principales de su vida la biografía de esos dos héroes; porque Beaumarchais no se distinguió, en verdad, por su respeto a la moral, y la memoria de Mirabeau quedó oscurecida por la justa reprobación que merece la corrupción. Aparentemente M. Lemonie era un hombre circunspecto, pero tenía una alma de artista, de impresiones vivísimas, y sojuzgado por ellas rompía algunas veces las ligaduras a que él voluntariamente como erudito se había sometido. En estas dos últimas ocasiones, la originalidad de los caracteres, lo imprevisto de los incidentes, la lucha de intereses encontrados, la vehemencia de las pasiones, lo vasto del cuadro, lo llevaron fuera de la senda que se había trazado.

Identifícase M. Lemonie con sus dos héroes: desasosegado por las faltas que ellos cometieron, apesadumbrado por sus desórdenes, conmovido por los intereses que se agrupaban en derredor de ellos, quiso ver y conocer todo, reconstituir sus vidas con todos sus incidentes, y constreñirlos a hacer una confesión completa delante de un hombre como él, que lealmente tenía en cuenta la época y las circunstancias.

¡Cuán fácil os fué alabar a vuestro simpático predecesor! ¿No fué él quien les preparó a los historiadores futuros esas monografías tan bien estudiadas, que al decir vuestro son como los tipos fundamentales que deben servir, generalizados, para abarcar la historia de una época o de un país? Lleno de respeto por la verdad, nimio en sus escrúpulos literarios, M. Lemonie satisfizo anticipadamente vuestros deseos, porque no dió al público sino lo que había sido objeto de largas meditaciones. Escogía su punto de vista con mucho cuidado; no escribía sino después de haber pensado largo rato para prepararse a tratar de su asunto; no improvisaba nunca, y no le daba mucha importancia a la forma, persuadido de que lo que se ha meditado bien, se expresa claramente, y además de esto que el estilo, cuando no trata de disfrazarse la verdad, es esclavo del pensamiento. Vivió así imaginariamente hacia fines del siglo diez y ocho, en el centro mismo de ese mundo de entonces, del cual se hizo el eco, recordando sus costumbres, su modo de pensar, sus pasiones, intereses y miras políticas: vino así a ser contemporáneo de Beaumarchais y Mirabeau, sin dejar por eso de aprovecharse de do-

cumentos desconocidos en aquella época y que posee la nuestra. Ha pintado el cuadro de sus predilectos con el color de aquellos tiempos, avivado empero con el brillo que le dan los nuestros.

Deja entre nosotros M. Lemonie recuerdos afectuosísimos; prestaba oído atento a todas nuestras discusiones, y con frecuencia con una palabra dicha a propósito, pero sin visos ningunos de aspirar él a la supremacía, por su costumbre de reflexionar y de buscar ante todo pacientemente la verdad, decidía con justicia la cuestión en que no estábamos de acuerdo. Su fisonomía apacible y modesta, reflejo verdadero de su alma justa y de su sincero corazón, nos daba a conocer su adhesión fiel, nunca interrumpida en largo tiempo, a amistades ilustres; no nos revelaba sus inflexibles opiniones políticas ni su valor, heredado de un soldado, del cual dió pruebas cuando con los educandos de la Escuela politécnica combatió a su lado en el sitio de París: no dejó a éstos sino para subir a una cátedra en el Colegio de Francia. El observador menos atento pudo notar en estos últimos días que sus ademanes circunspectos eran los de un hombre que conoce que su alma se va, pero que, con

sus cuentas arregladas con lo presente y lo futuro, espera con confianza el acontecimiento, ocupado sólo en consolar el dolor que una inevitable separación necesariamente debía causar entre los suyos.

Preciso era dejarlo todo: posición consolidada tras largos trabajos sufridos con paciencia y sin murmurar; una familia cara a las letras francesas, que dos Academias reclaman para sí; hijos satisfechos con la doble herencia de honor que les tocaba en suerte desde su edad temprana, y cuyos triunfos habrían llenado al padre de gozo; una compañera acostumbrada a respetar las obras del ingenio, y hechizo de su hogar; todo era preciso dejarlo, y M. Lemonie, abrumado bajo el peso de sus prolongados trabajos, que vinieron a ser más duros para un corazón paternal por la pérdida que había sufrido, de aquellas cuyo dolor no se amortigua con el tiempo, estuvo preparado para reunirse al hijo que había perdido.

Con sentimientos religiosos, debidos a sus antepasados, que por muchos siglos dieron sacerdotes a la Iglesia, vió sin conturbarse, como miembro fiel de ella, llegar su última hora, y con toda la apacibilidad de un cristiano que está seguro de que en un mundo mejor se reunirá

con los que amó en esta tierra, dió el último suspiro. Dejónos este ejemplo para tener esperanzas, y con el recuerdo de sus virtudes y de sus obras un gran consuelo para los que, por este fin cruel y prematuro, quedaban separados de él; día de duelo para la Academia y de luto para todos los suyos.

Repitamos, al dejar de tratar de M. Lemonie, las palabras con que uno de nuestros más eminentes cofrades tan dignamente celebró la entrada en la Academia de nuestro perdido hermano:

“No insultó a ninguno y describió a todos los grandes personajes de su época. No dejó la menor huella ni de una traición ni de una perfidia, a pesar de haber estado en todos los lugares más concurridos de su tiempo. No trató de hacerse popular dando al viento hechos escandalosos, ni por un carácter agresivo, ni menos por compadrazgos. Advertido, sin dejar de ser ingenuo; ingenioso, sin ser maligno; cortés, justo, verdadero, ni uno solo de sus modelos le hubiera rehusado su mano, y ni uno solo de ellos hubo a quien no tuviera derecho de mirar cara a cara.”

Por su probidad acrisolada, M. Lemonie elevó al rango de una magistratura el arte del biógrafo; para honra de las le-

tras francesas deseamos que su conducta sirva de norma para fundar una escuela que encuentre muchos imitadores.

ERROR NOTADO:

En el cuaderno n.º 30, pág. 246, líneas 1.ª y 2.ª, dice: así sea dicho el día de su muerte ! Léase: así sea dicho día el de su muerte!

De Julio Simón

La revolución francesa se hizo en nombre de la libertad. Está en la naturaleza del hombre amar la libertad; pero preciso es creer que nada le es más difícil que comprenderla, puesto que le vemos casi siempre buscarla donde no está. Cuando se alza para reivindicar sus derechos, marcha con furor contra el enemigo que le privaba de ellos, y se encarna contra él; de los dos sentimientos que le animan, el amor a la libertad y el amor a la venganza, el segundo es, sin comparación, el más fuerte y el más persistente; dura mucho tiempo después de la victoria, sin perder su energía, en tanto que el amor a la libertad cambia de carácter tan pronto como se termina la lucha. El vencedor, en posesión de la libertad, no puede ya amarla más que con

un amor filosófico y filantrópico: por el contrario, cuanto más ruda ha sido la lucha, más animado permanece contra el vencido. Nunca cree haberle abatido bastante, y le golpea aun cuando esté en tierra, en parte por un resentimiento ciego, y en parte para prevenir una revuelta ofensiva. Si se trata entonces de recordarle que la libertad no es propiedad de nadie, que no es un derecho, que no es el derecho sino porque pertenece igualmente a todos los hombres, y tanto a los vencidos como a los vencedores, no tiene bastante sangre fría, ni imparcialidad, ni las miras bastante altas para comprender semejante lenguaje: no sólo lo rechaza con la mayor frecuencia como una sutileza metafísica, sino que lo trata de niñería y de simpleza; lo condena como contrario a la sana política; se creería tan ridículo aceptándolo, como un general de ejército que en el campo de batalla en que acaba de triunfar, se diese la mayor prisa a formar los regimientos enemigos y a distribuirles armas. "No es eso, dice con aire de triunfo, lo que hace un general cuando es hábil. Su primer cuidado es fortificarse en la posición conquistada, o continuar su movimiento para sacar del éxito

obtenido todo el provecho que pueda. Lo mismo sucede en las luchas civiles: el partido que vence, debe tomar inmediatamente el lugar de que ha desalojado a su adversario, y en seguida emplear contra él las armas cuya fuerza ha experimentado a su costa". Hé aquí la táctica que se nos aconseja, y que no es propia sino para eternizar las batallas. Con tal sistema, las armas no hacen más que pasar de una mano a otra, el poder no cambia más que de bandera, no de carácter. Por más que los beligerantes pronuncien preciosas arengas, se baten más bien por intereses que por principios. ¿Queréis la prueba? Mirad toda la Historia. Ved particularmente la historia de la Revolución, tal como acabamos de resumirla en algunas páginas. Ciertamente que al principio la libertad se lanza a la guerra contra el despotismo; pero contad sus etapas. La primera, el Terror; la segunda, el Imperio. ¡Oh contradicciones humanas! Se pelea por la libertad, y se entrega el país a Robespierre y a Napoleón.

¡Cómo! Pasáis de un amo a otro; de un amo benévolo a un amo desapiadado; éste es incomparablemente más poderoso que aquél; es omnipotente; no se

halla dificultado ni por instituciones seculares, ni por formalidades, ni por tradiciones; y creéis haber trabajado por la libertad trabajando para establecer su dictadura? Es, decís vosotros, que el primer amo invocaba la quimera del derecho divino, nos heredaba como un rebaño; en tanto que el dictador es uno de nosotros, elevado por nosotros, sobre nuestros hombros. Es el representante, la consagración y la fuerza de la voluntad nacional y del derecho por consiguiente. ¡Error! No es más que su absorción. Debe ponerse la voluntad nacional por encima de todo; pero no por encima de la razón, que quiere que el hombre sea libre. Con vuestro sistema de partidos y desquites, si se continuase, nunca haríais adelantar un paso a la libertad. No conseguiríais más que reemplazar un despotismo por otro, o más bien un déspota por otro, porque el despotismo sería siempre el mismo. De cuando en cuando el déspota reinante se arrojaría el título de liberal. ¡La conquista de una palabra! ¡Hermosa conquista en verdad, y bien digna de que se marche a ella a través de la sangre! No, no; no llaméis progreso a un simple cambio de servidumbre.

A.

Miscelánea

La historia de las grandes asambleas deliberantes entra en la historia de los grandes fracasos.

Debe reducirse al *mínimum* posible el número de los miembros de las cámaras de representantes y debe excluirse absolutamente al público de la asistencia a las deliberaciones orales.

Esta es otra conclusión del artículo sobre la "organización del pensamiento".

*

Abonado del exterior:—¿Por qué no han vuelto Uds. a tratar de asuntos económicos locales? ¿Cómo va la hacienda del país?

R.—1º No hay ahora en nuestra redacción ningún economista.

2º La hacienda sigue mal. Desconocidos los principios, sin luz y sin brújula rueda el país hacia abajo, naturalmente. Se persiste en el afán de atender a las llamadas *necesidades del momento*, con remedios que pervierten o trastornan el juego de la producción y del cambio. La situación va, pues, agravándose, hasta que llegue la agonía; agonía que, nosotros lo esperamos, habrá de resolverse en salud, pero a costa de muchas lágrimas y angustias.